

# Históricas Digital

Lucrecia Infante Vargas

“Historiar el pensamiento:  
Leopoldo Zea y las *circunstancias*  
de la filosofía”

p. 115-126

*Escribir la historia en el siglo XX.  
Treinta lecturas*

Evelia Trejo

Álvaro Matute

(editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

589 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 3)

ISBN-10 970-32-2281-1

ISBN-13 978-870-32-2281-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 marzo 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/escribir/historia.html>

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

# Historiar el pensamiento: Leopoldo Zea y las *circunstancias* de la filosofía\*

LUCRECIA INFANTE VARGAS  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Su obra es como un árbol en el que crecen y verdean nuevas ramas, pero en un mismo tronco que se mantiene bien erguido desde que nace [...] la filosofía que ha ido construyendo desde su juventud.

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ<sup>1</sup>

En el año de 1943, el mexicano Leopoldo Zea Aguilar era examinado para graduarse como maestro en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México. La tesis presentada por aquel joven: *El positivismo en México*, demostraría ser el resultado de una labor intelectual innovadora en donde la reflexión filosófica y la investigación histórica se conjugaban de manera singular.

El talento y la capacidad analítica de Leopoldo Zea habían sido oportunamente avizoradas por algunos de sus maestros. Entre ellos, uno de los hombres cuya labor docente y editorial enriquecieron la vida intelectual en México durante la década de los cuarenta: José Gaos. Además de rescatarlo de su trabajo como telegrafista nocturno y darle la oportunidad de concentrar sus energías en el estudio de la filosofía, mediante una beca del recién creado Colegio de México (originalmente Casa de España), Gaos se convirtió en el maestro a quien Leopoldo Zea agradecería por siempre, tanto las bases de su formación intelectual como la sugerencia de adentrarse en el estudio del positivismo mexicano.<sup>2</sup>

La investigación iniciada por Zea proseguiría en la elaboración de su tesis doctoral que, bajo el título de *Apogeo y decadencia del positivismo*

\* Este ensayo se refiere a la obra de Leopoldo Zea A., *El positivismo en México*, México, El Colegio de México, 1943, 254 p., y *Apogeo y decadencia del positivismo en México*, México, El Colegio de México, 1944, 304 p. Ambos títulos pertenecen a la colección Contribuciones de El Colegio de México a la Historia del Pensamiento Hispanoamericano. La edición que se cita en este estudio es *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, séptima reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 481 p. (Obras de Filosofía).

<sup>1</sup> Adolfo Sánchez Vázquez, "Leopoldo Zea", *Filosofía y Circunstancias*, Barcelona, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Anthropos, 1997, 426 p. (Pensamiento Crítico/Pensamiento Utópico, 96).

<sup>2</sup> Leopoldo Zea Aguilar, "Autopercepción intelectual de un proceso histórico", *Anthropos. Revista de Documentación Científica de la Cultura*, n. 89, octubre 1988, p. 11-33.

en México, fue presentada un año después en la Universidad Nacional Autónoma de México (1944). Distinguido con el *magna cum laude* por ambos trabajos, su publicación no se hizo esperar. El Colegio de México editó de manera inmediata cada uno de ellos. Más de veinte años después, en 1968, el Fondo de Cultura Económica los reuniría en un solo volumen bajo el nombre con que hasta 1993 fue siete veces reimpreso: *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*.

Reconocida como “un hito en la historia de las ideas en América Latina”,<sup>3</sup> esta obra ratificó el pasaporte de Zea al mundo de la discusión intelectual, y fue también el comienzo de una inagotable aventura por el conocimiento.<sup>4</sup>

En efecto, el propósito que inspiró la realización de esta obra: “cooperar, aunque sea en un mínimo, a la tarea, ahora más urgente que nunca, de investigar en aquellos temas que han formado nuestra circunstancia histórica” (p. 10), conduciría a su autor por “todo un nuevo universo de conceptualización” acerca del pensamiento filosófico en América.<sup>5</sup>

Así pues, *El positivismo en México* abordó un tema no atendido hasta entonces por la historiografía, e iluminó así diversos aspectos que en relación con el mismo fueron abordados después tanto por filósofos como por historiadores.<sup>6</sup> En este sentido, esta obra se convertiría en una referencia obligada para el estudio de los “procesos creadores del pensamiento iberoamericano de la segunda mitad del siglo XX”.<sup>7</sup>

Pero no sólo ello, la perspectiva filosófica que le diera sustento, fue también la expresión de un momento fundamental en la historia del quehacer histórico en México. Por un lado, esta obra nacía de un terreno común a la historia y la filosofía: la historia de las ideas; por otro, la llamada

<sup>3</sup> Adolfo Sánchez V., “Reflexiones sobre la obra de Leopoldo Zea”, *ibid.*, p. 34.

<sup>4</sup> Dos años antes Leopoldo Zea había publicado ya un ensayo que anunciaba ideas centrales de su concepción filosófica: “En torno a la filosofía americana” en *Cuadernos Americanos*, v. III, año 1, n. 3, mayo-junio, 1942, p. 63-78.

<sup>5</sup> Entrevista realizada al doctor Leopoldo Zea A., por Lucrecia Infante Vargas, México, Ciudad Universitaria, 12 de febrero de 2001 (en adelante, Entrevista...). La amplia bibliografía de Zea puede consultarse en: Leopoldo Zea, “Autopercepción...”; Gustavo Vargas Martínez (compilador), *Bibliografía de Leopoldo Zea*, semblanza de Mario Magallón Anaya, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 311 p., ils., fotos (Tezontle).

<sup>6</sup> Entre otros, Abelardo Villegas, *Positivismo y Porfirismo*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, 224 p. (Sep-Setentas, 40); Charles Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, trad. de Purificación Jiménez, México, Vuelta, 1991, 456 p. (La Reflexión); José Luis Gómez Martínez, *Leopoldo Zea (1912-)*, Madrid, Ediciones del Orto, 1997, 94 p. (Biblioteca Filosófica, Filósofos y Textos); Francisco Lizcano, *Leopoldo Zea, una filosofía de la historia*, Madrid, Cultura Hispánica/Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1986, 150 p. (Comisión Nacional del V Centenario).

<sup>7</sup> José Luis Gómez Martínez, “La crítica ante la obra de Leopoldo Zea”, *Anthropos. Revista de Documentación Científica de la Cultura*, n. 89, 1988, p. 36-47.

“interpretación histórica de la filosofía” (p. 24) que le sirvió de marco conceptual, resultaba de la renovación que tuvo lugar en la historiografía mexicana a raíz de su contacto con el pensamiento historicista.

Las repercusiones de este encuentro serían semejantes a la resonancia de la gota que irrumpe en un lago de tranquila apariencia. Sus primeros efectos cobrarían forma en la producción historiográfica de los años inmediatos, en particular en el terreno de la ya mencionada historia de las ideas; los restantes, persistirían en la herencia intelectual de las generaciones siguientes, como un legado del compromiso por encontrar respuestas al porqué, al cómo y al para qué del quehacer histórico.<sup>8</sup> En otras palabras, sobre el sentido y significado de la historia.

### *Un aprendizaje, una generación*

Al igual que muchos de sus compañeros de la Facultad de Filosofía y Letras, entonces aposentada en el viejo edificio de Mascarones, durante 1939 Leopoldo Zea asistía a las cátedras impartidas, entre otros, por Samuel Ramos y Antonio Caso. No es difícil compartir el entusiasmo con que todavía recuerda aquellas sesiones de encuentro con las “últimas corrientes filosóficas” del momento, y en las que se estudiaba la obra de autores como Dilthey, Heidegger, Kierkegaard, Berdiaeff y Ortega y Gasset, entre otros.<sup>9</sup> Como es sabido, fue también durante esos años que el suelo mexicano se convirtió en el nuevo hogar de muchos republicanos que debieron huir de la guerra Civil Española. Una de las personalidades que arribaron entonces a México fue José Gaos, nacido en Gijón en 1900 y destacado discípulo de José Ortega y Gasset.

Gaos inauguró su incorporación a la Facultad de Filosofía y Letras con una cátedra sobre la obra de Ortega y Gasset, a la que acudió una nutrida y permanente concurrencia. En éste y muchos otros cursos, Gaos difundió los postulados del pensamiento historicista, también conocido como perspectivismo y relativismo histórico, en la incorporación que de esta filosofía hicieron a su propio universo conceptual tanto Ortega y Gasset como él mismo.<sup>10</sup>

El impacto producido por esta corriente de pensamiento se reflejaría de forma casi inmediata en muchas de las investigaciones realizadas por

<sup>8</sup> Véase Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, 208 p. (Sep-Setentas, 126).

<sup>9</sup> Entrevista...

<sup>10</sup> Leopoldo Zea, “José Gaos y la filosofía mexicana”, *Cuadernos Americanos*, año XXVIII, v. CLXVI, n. 5, septiembre-octubre 1969, p. 165-175.

los discípulos de Gaos hasta 1947, por lo menos.<sup>11</sup> La investigación de Zea sobre el positivismo mexicano formó parte de dicha hornada, y fue también una de las primeras en incorporar la perspectiva de análisis ofrecida por el historicismo.

Pero el impacto de esta propuesta conceptual iría más allá de su influencia en aquella generación, y obtendría carta de residencia como una alternativa en la búsqueda de horizontes para la historia y la filosofía mexicanas. Una temprana expresión de ello fue la conformación del grupo Hiperión, integrado por jóvenes filósofos que “animados por el circunstancialismo de Gaos y el historicismo de Zea (que fueron en cierto modo los padrinos del grupo)”,<sup>12</sup> se dieron a la tarea de reflexionar sobre las posibles respuestas del historicismo a las preguntas que, años atrás, inaugurara Samuel Ramos sobre el “ser del mexicano” y las posibilidades de elaborar una filosofía “que podamos llamar justamente propia”.<sup>13</sup>

Sería también durante aquellos años que Leopoldo Zea, para entonces sugerido por el propio Antonio Caso como su sucesor en la cátedra de Filosofía de la Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, reafirmaría una de las ideas que lo habían conducido al estudio del positivismo en la historia de México:

por el camino de lo concreto, del estudio de algo tan nuestro como lo es la historia, la cultura y el hombre mexicano, nuestra filosofía se acerca a una meditación universal. Detrás del hombre mexicano, cuyo ser y posibilidades queremos captar, está el hombre sin más, el hombre de carne y hueso que puede serlo de cualquier lugar.<sup>14</sup>

Asimismo, se reconocería heredero de un pasado intelectual configurado en las entrañas del proceso revolucionario de 1910, y protagonizado por figuras como José Vasconcelos, Antonio Caso y Samuel Ramos. De acuerdo con Zea, el último eslabón de esa herencia lo conformaban las enseñanzas otorgadas por José Gaos.<sup>15</sup>

¿Cuál era el espíritu de aquella herencia, y cuál su punto de unión con el entonces reciente eslabón? Quizá la necesidad del filósofo por encontrar en la búsqueda del pasado, un sentido presente para con la posibilidad del futuro.

<sup>11</sup> Véase Edmundo O’Gorman, “Cinco años de historia en México”, *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, t. X, n. 20, octubre-diciembre 1945, p. 167-183.

<sup>12</sup> Sánchez V., “Leopoldo Zea...”, p. 272-273.

<sup>13</sup> Leopoldo Zea, “Medio siglo de filosofía en México”, *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, v. 41-42, enero-junio 1951, p. 111-133.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 130.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 125.

*Historia y filosofía: una comprensión*

El inicio de toda investigación es siempre, al menos en algún sentido, una aventura similar a la protagonizada por Teseo en el laberinto de Creta. Es decir, supone comenzar con una cierta idea de lo que buscamos, de cómo y dónde lo hallaremos; pero bajo la advertencia de que sólo el retorno sobre nuestros pasos brindará sentido a lo encontrado. Así fue también para Leopoldo Zea cuando se adentró en la investigación del positivismo en México. A decir suyo, no partió de conclusiones previas y, por el contrario, sólo en tanto “desenredaba la madeja” lograba adentrarse en la comprensión de su objeto de estudio.<sup>16</sup>

Así, y a semejanza de Teseo, la naturaleza del ovillo que desenredaba orientó sus pasos por aquel laberinto. Leopoldo Zea partió de una primera afirmación: toda expresión intelectual del pensamiento, toda idea, era resultado del incansable afán humano por explicar su realidad y comprender así el sentido de su papel en ella. Creía también, que dichas expresiones se producían en un momento y una circunstancia particulares. En otras palabras, que los productos del pensamiento se originaban en una “circunstancia histórica concreta” (p. 20).

Aseverar esto desde el continente de la filosofía, territorio intelectual de origen de Leopoldo Zea, no sólo implicaba rescatar las ideas del olimpo de la abstracción y devolverles su dimensión humana como “expresiones de una cierta visión del mundo” (p. 24), más aún, suponía replantear la naturaleza y el carácter de un problema central en la filosofía: la definición de verdad.

Las implicaciones de este razonamiento estaban lejos de ser una operación simple. En primer lugar, se afirmaba la inexistencia de una verdad “absoluta” (eterna, inmutable), en tanto la dimensión “universal” de ésta se acotaba al momento y la circunstancia de su formulación. En otras palabras, el carácter “absoluto” de una verdad era en realidad transitorio, relativo, cambiante, en resumen histórico.

Si la verdad es concebida como algo intemporal, eterno, las relaciones entre la filosofía y la historia serán puramente accidentales. Las verdades de la filosofía serán verdades con independencia de cualquier realidad histórica. En cambio, si la idea que se tiene sobre la verdad es la de que ésta es de carácter circunstancial, las verdades de la filosofía estarán ligadas entonces a un determinado espacio y tiempo. Las verdades serán históricas [p. 22].

<sup>16</sup> Entrevista...

En efecto, concebir la verdad como una afirmación circunstancial, suponía también que toda concepción filosófica era producto de la reflexión del hombre en un tiempo y lugar específicos. Así, Zea afirmaba que “cada historia tiene *su* filosofía, es decir, una forma de expresión conceptual que le es propia; y cada filosofía tiene *su* historia, es decir, un contenido o realidad que le es propio” (p. 21).

Filosofía e Historia, Historia y Filosofía. No se trataba de un juego de palabras, sino de una comprensión de la filosofía como expresión histórica del pensamiento humano. En palabras de Zea, se trataba del “método histórico de interpretación en la filosofía” (p. 23).

Así pues, resultaba imperioso colocar a la filosofía en el “horizonte histórico” del cual surgía, pero conseguirlo no era tarea fácil. En primer lugar, suponía adentrarse en el “mundo vivido” por los “autores de [una] determinada filosofía” y comprender su “manera de sentir el mundo, de sentir la vida” (p. 24-25). En segundo, precisaba develar el carácter dialéctico de la indagación histórica, y hacer evidente que su sentido o fin nacía de una preocupación elaborada desde la historicidad misma del investigador. Dicho de otra manera, era una necesidad de “comprensión del presente” la que determinaba el sentido de “la búsqueda en el pasado”.<sup>17</sup>

Para Zea, todo ello se vinculaba directamente con uno de los propósitos implícitos de la filosofía: “dar una conciencia [...] acerca del mundo de nuestras posibilidades” (p. 138, 129). Es decir, encontrar en la filosofía un carácter liberador de la condición humana, mediante la comprensión histórica de su pensamiento y acción (p. 128-129).

Ése fue el horizonte histórico-filosófico desde el cual Leopoldo Zea formuló su investigación, su pregunta inicial, “aparentemente ajena al campo de la historiografía: *‘qué es el mexicano’*”,<sup>18</sup> se concretó en la búsqueda del positivismo, doctrina cuyo estudio le resultaba necesario para la comprensión de su propia circunstancia histórica: el México de los años cuarenta (p. 10, 17).

Indagar pues la historicidad de dicha filosofía, es decir, de “las ideas filosóficas y la realidad [de la cual] han surgido”, era una empresa que requería vincular los quehaceres del filósofo y del historiador (p. 17). El joven filósofo asumiría esa difícil tarea de “historización del pensamiento”,<sup>19</sup> y su labor abonaría en un fruto común a ambas disciplinas: la historia de las ideas.

<sup>17</sup> Gómez M., *Leopoldo Zea...*, p. 42.

<sup>18</sup> Luis Villoro, “La tarea del historiador desde la perspectiva mexicana”, *Historia Mexicana*, v. IX, n. 3 (35), enero-marzo 1960, p. 329-339.

<sup>19</sup> Gómez M., “La crítica...”, p. 36.

*El positivismo en México: la interpretación*

Como ya se mencionó, la obra de Leopoldo Zea fue resultado de dos etapas de investigación. La primera, correspondiente a su tesis de maestría y estructurada en cinco grandes secciones, representó las 230 páginas iniciales de la versión conjunta publicada en 1968 (incluido el índice onomástico). La segunda, fruto de la tesis doctoral y organizada también en cinco extensos apartados, constituyó las 236 páginas restantes del libro. En mi opinión, el hecho de que esta estructura original fuera respetada al momento de reunir ambas investigaciones como una misma obra respondió no sólo a la secuencia en que fueron escritas, sino también al orden cronológico con que fue abordado su tema de estudio, y a la visión de conjunto que brindaba dicha conjugación.

Con base en el horizonte histórico filosófico ya esbozado, y expuesto en la introducción al libro, su autor se dio a la tarea de “escudriñar la manera particular en que a partir de sus condiciones materiales, culturales y de pensamiento” un grupo determinado de mexicanos “interpretaron” el positivismo (p. 18-19).

Para ello, sus dos primeros apartados: *El nacimiento* y *Los orígenes*, fueron destinados a la reconstrucción del momento en que la doctrina positivista se introdujo al proyecto nacional impulsado por el triunfante partido liberal, como sustento filosófico de la reforma educativa implementada hacia 1867 por el gobierno de Juárez. De manera particular, se apunta el papel que en dicha reforma tuvo Gabino Barreda (primer gran expositor en México de la doctrina formulada por el francés Augusto Comte), quien en coincidencia con las aspiraciones liberales, consideraba urgente la instauración de un nuevo orden social que liberara a la nación del caos en que hasta entonces se había mantenido.

Después, por medio de una extensa comparación entre la obra de José María Luis Mora, “teórico de los liberales mexicanos” y la elaborada por Gabino Barreda, se argumenta que una de las causas que propiciaron el “éxito del positivismo como doctrina nacional” (p. 75) fue precisamente la urgencia por establecer un nuevo orden. Asimismo, que los gobiernos liberales emanados de la Reforma se encontraban “predispuestos ideológicamente” a la recepción del pensamiento positivista (p. 75).

La defensa de esta sugerente tesis se desarrolla en el examen puntual de las coincidencias entre ambos autores y su interpretación de la historia de México como “la lucha entre dos grandes fuerzas: las del progreso y las del retroceso” (p. 76). Entre las más significativas sobresale el postulado de que sólo mediante el cumplimiento del ideario liberal se lograría consolidar el progreso del país; asimismo, la reprobación del cle-

ro y la milicia como agentes del proceso contrario, es decir el retroceso nacional.

Así, se expone cómo las ideas liberales que participaron de la vida política en México durante la primera mitad del siglo XIX constituyeron un antecedente fundamental para la comprensión de dos importantes momentos en el proceso de inserción del positivismo en nuestro país. El primero atiende al papel de la reforma educativa encabezada por Barreda en 1867, como un proyecto a través del cual se buscaba consolidar la “plena independencia, o emancipación, tanto política como espiritual o mental” del país (p. 57). El segundo se refiere a la posterior “adopción del positivismo”, como una doctrina propicia para la ideología del orden social instaurado por el gobierno del general Porfirio Díaz (p. 75-76).

Los diversos escenarios en que se produjo este proceso de recepción y reelaboración de las ideas positivistas se exponen después a lo largo de tres apartados: *El desarrollo*, *Los discípulos* y *La utopía*. En ellos se enfatiza la figura de Gabino Barreda como mentor de la generación intelectual formada al cobijo de los preceptos positivistas. El estudio de la Asociación Metodófila, fundada por el propio Barreda en 1877, da seguimiento de las ideas transmitidas por éste a su grupo de discípulos más cercano, quienes más tarde jugarían un importante papel en la vida política y cultural del país.

Los jóvenes que se reunían domingo a domingo bajo la dirección de Gabino Barreda eran en su mayoría estudiantes salidos de la Escuela Nacional Preparatoria; representaban los primeros frutos de la reforma realizada por Barreda en dicha escuela [...] [ellos] probarían si eran hombres de mente ordenada y capaces de guardar el orden que necesitaba tanto la sociedad mexicana [p. 152].

De acuerdo con Zea, la reelaboración conceptual que del positivismo llevó a cabo esta generación, se expresaría en dos grandes vertientes. Una *ideal* o teórica que, vinculada inicialmente al proyecto pedagógico de Barreda, encontró en las ideas de Augusto Comte una doctrina propicia para hacer de México una civilización moderna y progresista. Otra *práctica* que, identificada con el llamado grupo de “los científicos”, buscaría en el positivismo inglés de Herbert Spencer y Stuart Mill un sustento ideológico a la política del gobierno porfirista.

Es oportuno enfatizar la observación que de este escenario hizo Leopoldo Zea como un proceso que estaba lejos de representar una simple importación, o imitación de las ideas positivistas. “Mal interpretado o no, el positivismo dio lugar a diversas expresiones en la vida cultural de México, cada una de ellas no fue la auténtica expresión del ideal positivista, sino la expresión de una realidad propia de la circunstancia mexicana

(p. 38)". En otras palabras, el diálogo sostenido por diversos pensadores mexicanos con las corrientes del positivismo, había nacido y girado en torno de una circunstancia concreta: sustentar las bases de una nueva estructura social. El resultado de ello fue la elaboración de un *corpus* de ideas que expresaron una "realidad ajena al positivismo como doctrina ideal" (p. 38).

En este análisis, Zea enfatizó también el papel jugado por la burguesía mexicana, como el grupo social que encontró en el positivismo una doctrina para justificar "su derecho al poder y a los privilegios" en la nueva jerarquía social (p. 99). Sin embargo, y a diferencia de lo que al respecto supondría una interpretación simple, se subrayaba que la explicación de este hecho no sólo respondía a la defensa de privilegios e intereses de orden material, sino también a una creencia auténtica en la percepción que, de sí misma, tuvo esta clase social como responsable de un orden que consideraba adecuado para la nación.

La burguesía mexicana encontró en la filosofía positiva la expresión teórica de su manera de sentir el mundo y la vida [...] [considerándola] una doctrina de carácter social hizo de ella la doctrina de toda la sociedad mexicana, [...] y por medio de la educación trató de demostrar positivamente el origen científico de sus privilegios [p. 101-102].

El seguimiento puntual de las muchas discusiones y enfrentamientos que produjo dicha intención representa el contenido de la segunda parte del libro. A lo largo de cuatro de sus cinco capítulos —*Filosofía y política*, *Polémica "el krausismo"*, *Polémica "Parra-Vigil"* y *Los científicos*— se expone minuciosamente el debate intelectual establecido entre los defensores del viejo liberalismo mexicano y el grupo de positivistas, cercanos al régimen porfirista, mejor conocidos como "científicos sociales".

En estos apartados, se analizan los argumentos presentados en favor y en contra por algunas de las personalidades más representativas en dicha discusión, como Telésforo García, José María Vigil, Porfirio Parra, Francisco G. Cosmes y Justo Sierra, entre otros. En términos generales, el examen concluye que en el corazón de dicho enfrentamiento, se encontraban precisamente los valores enarbolados por el primer liberalismo mexicano: la libertad, la soberanía nacional, el papel del Estado como guardián de la justicia social y el derecho del individuo a la propiedad privada y a la libre elección de su conciencia espiritual (p. 90-91 y 97).

Desde la óptica del análisis propuesto por Zea, esta confrontación guardaba una dimensión que iba más allá de sus implicaciones en el orden político o económico, y formaba parte de un profundo debate moral, hermenéutico e incluso metafísico.

Los positivistas se niegan a tomar en consideración hechos que se encuentran en la experiencia de todo hombre [...] Dios y el alma son cosas que el hombre siente, [...] ¿Pues acaso, pregunta Vigil, estos hechos guardan semejanza alguna con el error científico? ¿Un error científico tiene “alguna semejanza con esas aspiraciones permanentes y universales del alma, con esas necesidades del espíritu humano, que deben por lo mismo, considerarse como constitutivos de su esencia, no debiendo por consiguiente eliminarlos una filosofía que se jacta de apoyarse exclusivamente en los hechos para descubrir entre ellos las leyes o las relaciones necesarias? [p. 361].

El seguimiento de esta problemática cobra un sentido particular en el último capítulo del libro: *Ocaso*. En él, se expone el contexto cultural en el cual se produjo el rechazo final hacia el positivismo. No sólo por parte de la llamada segunda generación positivista, es decir, la de los discípulos cercanos a los primeros alumnos de Gabino Barreda, sino también por otros intelectuales de importancia que antes lo habían defendido encarnizadamente, como fue el caso de Justo Sierra.

De acuerdo con Zea, fue la generación del Ateneo de la Juventud, personificada por José Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, entre otros, la que impuso una argumentación final en contra del positivismo, como una doctrina incapacitada para nutrir a la nación de anhelos e ideales propios y afines a su realidad histórica.

El positivismo fue un instrumento que abrió nuevos caminos a la cultura; pero fue un instrumento ciego para los nuevos ideales que se perfilaban en esos caminos. Nada pudo decir a la nueva generación acerca de estos ideales [...] la forma de vida a que dio origen fue estéril y sin esperanzas [...] era un instrumento al servicio del futuro, pero no el futuro mismo [p. 448].

La redefinición cultural que sobrevino tras la decadencia del positivismo, entre cuyas expresiones se apunta la revaloración del “espíritu de las humanidades clásicas” (p. 438), y la búsqueda de una filosofía fundada en la libertad espiritual y su “impulso vital” (p. 452-453) son algunas de las consideraciones finales atendidas en esta obra, que lograba, así, incluir un capítulo más en la historia del pensamiento en México.

A una filosofía de lo inmutable se [opuso] una filosofía de lo dinámico [...] Los representantes de la nueva generación no se conformaron con un cuerpo de doctrinas hecho para resolver todos los problemas [...] su ideal fue la “restauración de la filosofía, de su libertad y de sus derechos” [...] una verdadera revuelta contra el dogmatismo positivista que había limitado la libertad de filosofar [p. 438, 452].

*¿Historia y filosofía? Una apuesta por la con "fusión"*

Como ya se dijo, *El positivismo en México* destacó muy pronto como una obra de suma trascendencia en la filosofía mexicana y latinoamericana.<sup>20</sup> No obstante, y aun cuando un par de veces se le mencionó también como un trabajo relevante para la historia de las ideas en México,<sup>21</sup> no fue sino hasta más de veinte años después de su primera publicación que la crítica académica, en especial la extranjera, expresó su parecer al respecto.

Aun cuando en términos generales se reconocía el impulso que esta obra dio al desarrollo de la historia de las ideas en México, un aspecto en particular fue cuestionado de manera adversa por algunos historiadores y, no gratuitamente, generó una polémica que sería retomada en muchos de los estudios que la obra de Zea motivó aun en tiempos recientes. Me refiero al señalamiento sobre su dudosa calidad historiográfica y al entredicho de la perspectiva histórico-filosófica que le diera sustento.

El cuestionamiento apuntaba la imposibilidad de distinguir los límites entre el quehacer del filósofo y el del historiador, en tanto la exposición e interpretación de los hechos históricos atendidos no establecía con el rigor necesario la diferencia entre ambas operaciones.<sup>22</sup> Asimismo, que dicha "confusión" se acrecentaba como resultado del propósito de Zea por acceder "a los hechos del pasado a través de la conciencia del presente".<sup>23</sup>

En mi opinión, la observación implicaba algo más que una crítica de orden metodológico, y provenía de la perturbación que una propuesta conceptual como la implementada por Zea provocaba en el purismo exigido por una definición de la Historia que se preciaba de objetiva, racional y, en una palabra, científica.

<sup>20</sup> Véase, entre otros, Luis Abad Carretero, "La obra de Leopoldo Zea", *Cuadernos Americanos*, año 14, v. LXXX, n. 2, marzo-abril, 1955, p. 84-102; Charles C. Griffin, "América en la Historia, by Leopoldo Zea", *The American Historical Review*, v. 63, n. 3, abril, 1958, p. 709-711; Alejandro Rossi Guerrero, "La filosofía como compromiso, de Leopoldo Zea", *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, t. XXVIII, n. 55-56, julio-diciembre, 1954, p. 254-261.

<sup>21</sup> Merrill Rippy, "Theory of history: twelve Mexicans", *The Americas. A Quarterly Review of Inter-American Cultural History*, v. XVII, n. 3, enero, 1961, p. 223-239; Juan David García Bacca, "El positivismo en México", *El Hijo Pródigo. Revista Literaria*, año 2, v. VII, n. 22, enero, 1945, p. 21-23; Eduardo García Máynez, "El positivismo en México (Leopoldo Zea)", *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, t. V, n. 10, abril-junio, 1946, p. 286-289; Edmundo O'Gorman, *op. cit.*

<sup>22</sup> Charles Hale, "Sustancia y método en el pensamiento de Leopoldo Zea", *Historia Mexicana*, v. 20, 1970-1971, p. 307.

<sup>23</sup> William D. Raat, "Ideas and history in Mexico. An essay on methodology", en *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México. Memoria de la Tercera Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, Oaxtepec, Morelos, 4-7 de noviembre de 1969*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio de México/The University of Texas, 1971, 758 p., gráficas, p. 182.

La intranquilidad no era gratuita. En efecto, Leopoldo Zea había optado por la elaboración de una Historia que aceptaba sus raíces en el horizonte filosófico que la hacía posible. Es decir, una Historia que cobraba sentido en su intento por responder a las interrogantes que la originaban como un motivo de investigación; estas preguntas asimismo reconocían abiertamente la naturaleza del objetivo que las llevaba a indagar el pasado: buscar una respuesta para la vida de quien las formulaba desde el presente.<sup>24</sup>

La investigación realizada por Zea había nacido precisamente de aquella intención: no contentarse con encontrar hechos, “sino buscar su sentido”,<sup>25</sup> no “hacer historia o filosofía puras [...] sin relación entre sí, con olvido de su origen, el que le da unidad, el hombre que las hace posibles”.<sup>26</sup>

En mi opinión, algunas de las más importantes contribuciones que *El positivismo en México* aportó a la historiografía mexicana radicaban, precisamente, en el atrevimiento de llevar a la práctica el postulado implícito en aquellas afirmaciones: que “el lazo entre la filosofía y la historia es algo ineludible”<sup>27</sup> y que el esfuerzo por encontrar un sentido vital en la investigación del pasado es parte de la razón de ser de la Historia en la vida del hombre.

La discusión sobre lo acertado, lo exhaustivo, o no, del tratamiento dado al estudio del positivismo mexicano en este libro es una de las muchas reflexiones que hoy son posibles gracias a la existencia de una obra como ésta. En ella pervive también el arrojo por mantener vivo el sentido de la Historia, desde la reflexión histórica más inmediata: las circunstancias de nuestra propia vida.

<sup>24</sup> Álvaro Matute, “La historiografía positivista y su herencia”, mecanuscrito, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2001, p. 16.

<sup>25</sup> Leopoldo Zea, *Dialéctica de la conciencia americana*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1976, 360 p. (Biblioteca Iberoamericana), p. 11.

<sup>26</sup> *Idem.*

<sup>27</sup> Entrevista...